

El món de demà



MANÉ ESPINOSA

El recurso de la diversidad

De la diversidad al interculturalismo

La población cada vez más diversa (de culturas, nacionalidades, lenguas, religiones, etc.) que tenemos en nuestras ciudades es una consecuencia directa de la movilidad humana que trae consigo la globalización. Los Estados asumen que esta diversificación debe gestionarse, porque sin intervención suele generar extremismos ideológicos, fragmentación política, división social, xenofobia y racismo cotidianos. Pero no acaban de encontrar una manera eficaz y duradera.

¿Cómo gobernar la diversidad?, sigue siendo la pregunta clave. Este debate empieza en los años ochenta del siglo pasado, siguiendo parámetros de justicia social, igualdad, libertades fundamentales, derechos humanos, pero también de proteccionismo nacional-estatal. Aquí entra la propuesta multicultural concentrada en proporcionar derechos específicos a aquellos que

En poco tiempo tener una única identidad nacional en la familia será la excepción

son diferentes, o unas más recientes centradas en los deberes mínimos requeridos para vivir juntos: una lengua mínima vehicular, pero también, compartir símbolos y conocimientos históricos nacionales.

Pero estas propuestas acaban en frustración al constatar cómo en algunas ciudades se ha segregado territorialmente la diversidad y mezclado con desigualdades socioeconómicas, y en otros barrios ni siquiera ha logrado penetrar. Vemos como la diversidad sigue siendo un factor claro de desigualdad económica y de nuevos procesos de dominación. La denuncia de las discriminaciones relacionadas con la diversidad es nuestra forma de despertar consciencia.

Estamos igualmente en una fase de toma de consciencia de que toda política que se proponga debe ser interseccional, esto es, que conecte criterios identitarios con socioeconómicos, de estatus de derechos, e incluso de nivel de educación. Esta

Los extremismos xenófobos y las políticas del miedo son tan solo unas últimas formas románticas de resistir a un curso histórico que es y será de la diversidad

desde unos parámetros estatales, que tienden a interpretarla en términos securitarios y de inestabilidad, de alteración de una identidad nacional. Vivir juntos en la diversidad es el producto de un aprendizaje y resultado de la socialización que los poderes públicos deben proporcionar a su población. Y lo primero que hay que conseguir es que la población reconozca la diversidad.

Ser el otro

En breve todos seremos los otros! Sin este prerrequisito, difícilmente las personas tendrán predisposición a entrar en contacto positivo con otros, sino que siempre lo harán negativamente orientados por prejuicios y estereotipos. Además, este reconocimiento de la diversidad puede actuar como antídoto contra cualquier tipo de fundamentalismo, de querer imponer una visión del mundo a otros.

Este método de gestión rechaza esa tendencia sutil de que quien define la diversidad no se incluye nunca dentro de ella. Está rompiendo poco a poco (en el tiempo histórico, todo parece muy lento) unas barreras conceptuales que los otros siguen reproduciendo. Una es la de pensar la diversidad en términos de minorías y mayorías. Créanme, ¡todavía hay autores reconocidos que siguen pensado en los inmigrantes como minorías!

Otra barrera que hay que romper es la que enmarca la reflexión sobre cómo gobernar la diversidad en términos de oposición entre unidad (la propuesta cívico-nacional) y diversidad (la propuesta multicultural). Para avanzar este proceso, el interculturalismo busca promover espacios de encuentros y fundamenta micropolíticas en barrios. ¡No hay otro camino que la ingeniería social!

Una evidencia

En resumen, en esta era histórica plantearse la diversidad en términos dicotómicos (favor/contra) contraviene el curso histórico actual. La diversidad debe ser gestionada considerándola ella misma como un recurso. Es una evidencia que no todos acaban de ver, que una sociedad políglota y con muchos registros culturales tiene un potencial de capacitación humana que nos puede permitir actuar globalmente en una economía mundial interconectada, promover una sociedad creativa e innovadora.

Si queremos tomar en serio la diversidad, ¡hagámosla trabajar como un activo para el desarrollo! Esto nos obligará a reiniciar (en términos informáticos) nuestros parámetros de cómo vivir juntos. Los extremismos xenófobos y las políticas del miedo son, como yo presagio, tan solo unas últimas formas románticas de resistir a un curso histórico que es y será de la diversidad, pretendiendo seducir a la población con narrativas retrógradas, de querer esencializar una identidad nacional que apenas existe (ser español, o francés o italiano de raíz, ¿qué sentido tiene hoy?). Este proceso de globalización invertida forma parte de una ecología social insostenible. Debemos repensar los fundamentos de nuestra sociedad y política en sociedades de identidades múltiples. Es el turno del interculturalismo.

@ricardzapata

Ricard Zapata-Barrero es catedrático de Ciencia Política en la Universitat Pompeu Fabra y director del GRITIM-UPF y del Master en Estudios Migratorios

